

LEON TROTSKY

PROBLEMAS
— DE LA —
GUERRA CIVIL

(Traducido del francés por AGAR PENARANDA)



La Paz - Bolivia

Ediciones

"MASAS"

799

FB
341.68
T858p

00799

LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA CIVIL

LEON TROTSKY

(Conferencias dictadas en la Sociedad de Ciencias Militares de Moscú en julio de 1924)

Es un hecho que hasta aquí, nadie se ha cuidado de hacer el resumen de las enseñanzas que se desprenden de la experiencia de la guerra civil, de la nuestra como de la de otros países. Y, sin embargo, práctica e ideológicamente, un trabajo de este género responde a una necesidad imperiosa. A todo lo largo de la historia de la humanidad la guerra civil ha desempeñado un papel particular. De 1871 a 1914, los reformistas se figuraban que para la Europa Occidental este papel había terminado. Pero la guerra imperialista puso la guerra civil nuevamente en el orden del día. Esto nosotros lo sabemos y lo comprendemos. Lo hemos incluido en nuestro programa. Sin embargo, carecemos casi completamente de una concepción científica de la guerra civil, de sus fases, de sus aspectos y de sus métodos. Constatamos grandes lagunas aún en la simple descripción de los acontecimientos que se han sucedido en este dominio en el curso de los diez últimos años. Me ha sido posible recientemente hacer notar que consagramos mucho tiempo y muchos esfuerzos al estudio de la Comuna de París, pero que descuidamos totalmente la lucha del pro-

letariado alemán, rica, sin embargo, en experiencias de la guerra civil, y que ignoramos casi completamente las lecciones de la insurrección búlgara de septiembre de 1923. Pero, lo más sorprendente es que se considere correcto el hecho de que, desde hace bastante tiempo, se hayan relegado a los archivos las experiencias de la Revolución de Octubre, hay bastantes cosas de las que pueden sacar provecho inclusive los tácticos militares, pues no es dudoso que la próxima guerra, en una medida infinitamente más amplia que hasta ahora, se combinará con diversas formas de la guerra civil.

La preparación, la experiencia de la insurrección búlgara de septiembre de 1923 ofrecen igualmente un interés poderoso. Tenemos a nuestra disposición los medios necesarios, —puesto que numerosos camaradas búlgaros que han tomado parte en la insurrección residen actualmente en Rusia—, para entregarnos a un estudio serio de estos acontecimientos. Por otra parte es fácil formarse una idea de conjunto. El país que fué el teatro de la insurrección no es mayor que una provincia rusa. Y la organización de las fuerzas combatientes, las agrupaciones políticas, revisten allí un carácter gubernamental. Por otra parte, para los países (y son numerosos, la totalidad de los países de Oriente particularmente) donde la población campesina predomina, la experiencia de la insurrección búlgara tiene una importancia capital.

Pero, ¿en qué consiste nuestra tarea? ¿En redactar un manual para la conducción de las operaciones revolucionarias, una teoría de la revolución, o bien una reglamentación de la guerra civil? De todas maneras, en el primer plano de la obra que hemos de iniciar, se tratará la insurrección en tanto fase suprema de la Revolución. Es preciso reunir y coordinar los datos de la experiencia de la guerra civil, analizar las condiciones en las cuales ha tenido lugar, estudiar las faltas cometidas, poner en relieve las operaciones mejor logradas,

sacar de allí las conclusiones necesarias. Realizando esto: ¿enriqueceremos la ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la evolución histórica, o bien el arte militar revolucionario, tomado en tanto que conjunto de las reglas de acción sacadas de la experiencia? Según mi opinión, enriqueceremos la una y el otro. Pero, prácticamente, no tendremos en consideración sino el arte militar revolucionario.

Componer en cierta manera un "reglamento de la guerra civil" es una tarea complicada. En primer lugar es preciso trazar una característica de las condiciones para la toma del poder por el proletariado. Así, permaneceremos aún en el dominio de la política revolucionaria; pero la insurrección ¿no es, después de todo, la continuación de la política por otros medios? El análisis de las condiciones esenciales a la insurrección deberá ser adaptado a diferentes tipos de países. De un lado tenemos países donde el proletariado constituye la mayoría de la población, y, de otro, países en los que el proletariado es una ínfima minoría dentro de la población campesina. Entre estos dos polos, se sitúan los países de un tipo intermedio. En consecuencia, debemos basarnos para nuestro estudio sobre tres tipos de países, industriales, agrarios e intermedios. Igualmente, en el capítulo de introducción consagrado a los postulados y condiciones revolucionarias necesarios a la toma del poder, se describirán las características de las particularidades de cada uno de estos tipos de países, desde el punto de vista de la guerra civil.

Consideramos la insurrección de dos maneras: en primer lugar como una etapa determinada del proceso histórico, como una refracción de las leyes objetivas de la lucha de clases; luego desde un punto de vista objetivo y práctico, a saber: de qué manera preparar y ejecutar la insurrección para asegurar en mayor medida su éxito. La guerra nos ofrece a este respecto una analogía sorpren-

Inventario No. 600285

Stencil No. 1/489

10 SET. 1979

dente. Pues ella es también el producto de determinadas condiciones históricas, el resultado de un conflicto de intereses. Al mismo tiempo la guerra es un arte. La teoría de la guerra es un estudio de las fuerzas y de los medios de las cuales se dispone, de su concentración y de su empleo en miras de la victoria. De la misma manera, la insurrección es un arte. En un sentido estrictamente práctico, es decir aproximándose en cierta medida a los reglamentos militares, se puede y se debe forjar una teoría de la insurrección.

Evidentemente, se chocará de inmediato con el menosprecio y las críticas de quienes no dejarán de decir que la idea de escribir el reglamento de la insurrección, con mayor razón que el de la guerra civil, es pura utopía burocrática. Es probable que se dirá aún que queremos militarizar la historia, que el proceso revolucionario no se reglamenta, que en cada país la revolución tiene sus particularidades, su originalidad, que en época de revolución, la situación se modifica a cada momento y que es quimérico querer fabricar una serie de planes para la conducción de las revoluciones o componer, a modo de un ayudante de cuartel, un amontonamiento de prescripciones intangibles e imponer su estricta observancia.

Si alguien pretendiese establecer algo de esta naturaleza, sería completamente ridículo. Pero, en el fondo, se puede decir otro tanto de nuestros reglamentos militares. Toda guerra se desarrolla en una situación y en condiciones que no se pueden prever por anticipado. Sin embargo, sin la ayuda de reglamentos que reúnan los datos de la experiencia militar, es pueril querer conducir un ejército, tanto en tiempo de paz como en tiempo de guerra. El viejo adagio: "No te aferres al reglamento como un ciego al muro" no disminuye de ninguna manera la importancia de los reglamentos militares, como la dialéctica no disminuye la importancia de la lógica formal o de las reglas de aritmética. Es indudable

que en la guerra civil los elementos necesarios al establecimiento de planes, a la organización, a las disposiciones a tomar, son infinitamente más raros que en las guerras entre ejércitos "nacionales". En la guerra civil, la política se mezcla a las acciones militares más estrechamente, más íntimamente que en la guerra "nacional". Así, sería vano transportar los mismos métodos de un dominio a otro. Pero de esto no se sigue que esté prohibido apoyarse en la experiencia adquirida para de allí deducir los métodos, los procedimientos, las indicaciones, las directivas, las sugerencias que tengan una significación precisa y convertirlos en reglas generales susceptibles de tomar lugar en un reglamento de la guerra civil.

Bien entendido, dentro del número de estas reglas se mencionará la necesidad de subordinar estrictamente las acciones puramente militares a la línea política general, de tener rigurosamente en cuenta el conjunto de la situación y el estado de conciencia de las masas. En todos los casos, antes de tachar de utopía una obra de este género, es necesario decidir, después de un examen profundo de la cuestión, si existen reglas generales que condicionan o facilitan la victoria en periodo de guerra civil y en qué consisten ellas. No es sino en el curso de un examen de este género que se podrá definir dónde terminan las indicaciones precisas, útiles, que disciplinan el trabajo a realizar y dónde comienza la fantasía burocrática.

Tratemos de abordar la revolución partiendo de este punto de vista. La fase suprema de la revolución es la insurrección, la cual decide la suerte del poder. La insurrección es siempre precedida de un periodo de organización y de preparación sobre la base de una campaña política determinada. En regla general, el momento de la insurrección es breve, mas, es un momento decisivo en el curso de la revolución. Si la victoria es conquistada, ella es seguida de un periodo que comprende la consolidación de la revolución por medio del aplasta-

miento de las últimas fuerzas enemigas y la organización del nuevo poder y de las fuerzas revolucionarias encargadas de su defensa. En estas condiciones la reglamentación de la guerra civil deberá componerse de tres capítulos por lo menos: la preparación de la insurrección, la insurrección y, en fin, el fortalecimiento de la victoria. Así, además de la introducción de principio que es la cuestión más alta para su caracterización, bajo la forma abreviada de reglas generales o bajo la forma de directivas, de los postulados y condiciones revolucionarias, nuestro reglamento de la guerra civil deberá encerrar tres capítulos que engloben en el orden de su sucesión las tres principales etapas de la guerra civil. Tal será la arquitectura estratégica de la obra.

El problema estratégico que debemos resolver consiste precisamente en combinar lógicamente todas las fuerzas y medios revolucionarios con la finalidad de alcanzar el objetivo principal: la toma y la defensa del poder. Es evidente que cada aspecto de esta estrategia de la guerra civil plantea múltiples problemas particulares como la formación de centurias de fábrica, la organización de puestos de comando en las ciudades y en los caminos de hierro y la preparación minuciosa de los medios de apoderarse en las ciudades de los puntos vitales. Estos problemas tácticos se desprenderán en nuestro reglamento de la guerra civil, los unos del segundo capítulo relativo a la insurrección, los otros del tercer capítulo que abrazará el período de aplastamiento del enemigo y el fortalecimiento del poder revolucionario.

Si adoptamos un plan de trabajo semejante, tendremos la posibilidad de abordar nuestra obra desde muchos aspectos a la vez. Así se encargará un grupo de camaradas de determinadas cuestiones tácticas relacionadas con la guerra civil. Otros grupos establecerán el plan general de la introducción de principio y así sucesivamente. Al mismo tiempo será necesario examinar,

bajo el ángulo de la guerra civil, los materiales históricos que se tendrán reunidos, pues es evidente que nuestra intención no es forjar un reglamento que fuera un simple producto de la mente, sino un reglamento inspirado por la experiencia, aclarado y enriquecido de una parte por las teorías marxistas y, de otra parte, por los datos de la ciencia militar.

Se sabe que los reglamentos militares no tratan sino del método, en otros términos, no se dan sino direcciones generales sin apoyarlas en ejemplos precisos o explicaciones detalladas. ¿Podremos adoptar nosotros el mismo método para enunciar el reglamento de la guerra civil? No es muy seguro. Es posible que seamos obligados a citar, a título de ilustración, en el reglamento mismo o en un capítulo anexo, un cierto número de hechos históricos, o, por lo menos, a referirnos a ellos. Esta será tal vez una excelente manera de evitar un exceso de esquematismo.

LA INSURRECCION Y LA FIJACION DEL "MOMENTO"

¿De qué se trata? ¿De un reglamento de la guerra civil o de un reglamento de la insurrección? Yo pienso que si se adopta la palabra reglamento se trata, ante todo, de un reglamento de la guerra civil.

Ciertos camaradas, se dice, han elevado objeciones a este respecto y han dado la impresión de que confunden la guerra civil con la lucha de clases y la insurrección con la guerra civil. La verdad es que la guerra civil constituye una etapa determinada de la lucha de clases, cuando ésta rompiendo los cuadros de la legalidad, viene a colocarse en un plano de confrontación pública y en cierta medida física, de las fuerzas en lucha. Concebida de esta manera, la guerra civil abarca las insu-

recciones espontáneas determinadas por causas locales, las intervenciones sanguinarias de las hordas contrarrevolucionarias, la huelga general revolucionaria, la insurrección por la toma del poder y el período de liquidación de las tentativas de sublevación contrarrevolucionaria. Todo esto entra en el marco de la noción de la guerra civil, todo esto es más amplio que la insurrección y de la misma manera, infinitamente más estrecho que la noción de lucha de clases que se sucede a través de toda la historia de la humanidad. Si se habla de insurrección como de una tarea a realizarse, es preciso hacerlo con pleno conocimiento y no deformándola como se hace corrientemente al confundirla con la revolución. Debemos liberar a los demás de esta confusión y comenzar por liberarnos nosotros mismos.

La insurrección plantea en todas partes y siempre una tarea precisa a realizar. Con esa finalidad repartimos los papeles, confiamos a cada uno su misión, distribuimos armas, elegimos el momento, damos golpes y tomamos el poder sí... no se nos aplasta antes. La insurrección debe ser realizada según un plan concebido con anticipación. Ella es una etapa determinada de la revolución. La toma del poder no detiene la guerra civil, no hace sino cambiar su carácter. De esta manera, es de un reglamento de la guerra civil que se trata y no solamente de un reglamento de la insurrección.

Hemos hecho ya alusión a los peligros del esquematismo. Veamos a la luz de un ejemplo en qué pueden consistir esos peligros. Yo he tenido ocasión de observar frecuentemente una de las más peligrosas manifestaciones del esquematismo en la manera como nuestros jóvenes oficiales de Estado Mayor abordan las cuestiones militares de la revolución. Si tomamos las tres etapas que hemos distinguido en la guerra civil, percibimos que el trabajo militar del partido revolucionario dirigente reviste, en cada uno de los tres períodos, un carácter par-

ticular. En el periodo de la preparación revolucionaria tropezamos forzosamente con las fuerzas (policía, ejército) de la clase dominante. Las nueve décimas partes del trabajo militar del Partido consisten en este momento en disgregar el ejército enemigo, dislocarlo en el interior y una parte solamente consiste en reunir y preparar las fuerzas revolucionarias. Se entiende que las relaciones aritméticas que indico son tomadas arbitrariamente, pero dan de todas maneras una idea de lo que debe ser realmente el trabajo militar clandestino del partido revolucionario. Mientras más se aproxima el momento de la insurrección, en mayor medida se debe intensificar el trabajo para la formación de las organizaciones de combate. Es entonces que cabe temer ciertos peligros del esquematismo. Es evidente que las formaciones de combate con la ayuda de las cuales el partido revolucionario se dispone a realizar la insurrección, no pueden tener fisonomía muy neta, con mayor razón ellas no podrían corresponder a unidades militares como la brigada, la división o el cuerpo de ejército. Esto no dispensa a los que tienen la tarea de dirigir la insurrección de poner en ellas orden y método. Pero el plan de la insurrección no se construye sobre una dirección centralizada de las tropas de la revolución, sino, al contrario, sobre la más grande iniciativa de cada destacamento al cual se habrá asignado con anticipación, con el máximo de precisión, la tarea que le incumbe. El insurgente combate por regla general observando los métodos de la guerrilla, es decir, por medio de destacamentos de guerrilleros o semi-guerrilleros cimentados mucho más en la disciplina política y en la clara conciencia de la unidad del objetivo a alcanzar que en no importa qué disciplina jerárquica. Después de la toma del poder la situación se modifica completamente. La lucha de la revolución victoriosa por asegurar su defensa y su desarrollo, se transforma inmediatamente en lucha por la organización

del aparato gubernamental centralizado. Los destacamentos de guerrilleros, cuya aparición en el momento de la lucha por la toma del poder es tan inevitable como necesaria, puede ser, después de la conquista del poder, una causa de graves peligros capaces de quebrantar el Estado revolucionario en formación. Es entonces que se debe proceder a la organización de un ejército rojo regular.

La determinación del momento de la insurrección está en relación directa con las medidas que venimos considerando. No es preciso decir que no se trata de designar arbitrariamente, por encima de los acontecimientos, la fecha fija e irrevocable de la insurrección. Esta sería verdaderamente una idea demasiado simplista del carácter de la revolución y de su desarrollo. Como marxistas, debemos saber y comprender que no es suficiente querer la insurrección para realizarla. Cuando las condiciones objetivas la hacen posible es preciso hacerla, pues ella no se hace por sí misma. Y para ello el estado mayor revolucionario debe tener preparado el plan de la insurrección antes de desencadenarla. El plan de la insurrección dará una orientación de tiempo y de lugar. Se tendrán en cuenta de la manera más minuciosa todos los factores y elementos de la insurrección, se tendrá la visión más justa para determinar su dinamismo, para definir la distancia que la vanguardia revolucionaria deberá mantener entre ella y la clase obrera para no aislarse y, al mismo tiempo, se ejecutará el golpe decisivo. La determinación del momento de la insurrección es uno de los elementos necesarios de esta orientación. Ese momento será fijado con anticipación, desde que los preámbulos de la insurrección aparezcan claramente. Es cierto que el término elegido no será propalado por todas partes; por el contrario, se lo disimulará lo más posible al enemigo, sin inducir sin embargo en error a su propio partido y a las masas que le seguirán. El trabajo del partido en todos los dominios será subordinado al tér-

mino de la insurrección y todo deberá estar listo en el día fijado. Si se ha equivocado en los cálculos, el momento de la insurrección podrá ser cambiado, aunque ésta sea una eventualidad que comporta siempre graves inconvenientes y muchos peligros.

Es necesario reconocer que el término de la insurrección es considerado como sin importancia por muchos comunistas occidentales que no siempre se han desembarazado de su manera fatalista y pasiva de abordar los principales problemas de la revolución. Rosa Luxemburgo es entre ellos todavía el tipo más expresivo y el más talentoso. Psicológicamente se lo comprende sin esfuerzo. Ella estaba formada, por así decirlo, en la lucha contra el aparato burocrático de la social democracia y de los sindicatos alemanes. Incansablemente había demostrado que este aparato asfixiaba la iniciativa del proletariado. A esto ella no encontraba salvación y salida sino en un irresistible impulso de las masas que barriera todas las barreras y defensas edificadas por la burocracia social demócrata. La huelga general revolucionaria desbordando todos los límites de la sociedad burguesa, había devenido para Rosa Luxemburgo sinónimo de revolución proletaria. Sin embargo, cualquiera que sea su pujanza, la huelga general no resuelve el problema del poder, no hace sino plantearlo. Para apoderarse del poder es necesario, apoyándose en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo hace pensar que ella habría terminado por admitirlo. Pero cuando ella fué arrancada a la lucha, no había dicho aún ni su penúltima palabra. No obstante, había aún recientemente en el partido comunista alemán una corriente muy fuerte hacia el fatalismo revolucionario. La revolución se aproxima, se decía, ella traerá la insurrección y nos dará el poder. En cuanto al partido, su papel se encuentra en el momento de realizar la agitación revolucionaria y en esperar sus efectos. Dentro de tales condiciones, plantear atrevidamente la cuestión del término de la insurrección,

es arrancar al partido de la pasividad y el fatalismo, es ponerlo frente a los principales problemas de la revolución, particularmente la organización consciente de la insurrección para arrojar al enemigo del poder.

Es por esto que la cuestión del momento de la insurrección debe ser tratada en el reglamento de la guerra civil. Así facilitaremos la preparación del partido para la insurrección o por lo menos la preparación de sus cuadros.

Es preciso considerar que el paso más difícil que un partido comunista deberá franquear será el paso del trabajo de preparación revolucionaria, forzosamente largo, a la lucha directa por la toma del poder. Este paso no se lo dará sin provocar crisis y crisis graves. El único medio de debilitar su alcance y de facilitar el agrupamiento de los elementos dirigentes más resueltos, consiste en conducir a los cuadros del partido a meditar y profundizar de modo previo las cuestiones que se desprenden de la insurrección revolucionaria y esto, tanto más concretamente mientras más próximos estén los acontecimientos. Bajo esta relación, el estudio de la Revolución de Octubre es de una importancia única para los partidos comunistas europeos. Desgraciadamente este estudio por el momento no se hace y no se hará tan largo tiempo como no se den los medios. Nosotros mismos no hemos ni estudiado ni coordinado las enseñanzas de la Revolución de Octubre y especialmente las experiencias militares revolucionarias que se desprenden de ella. Será necesario seguir paso a paso todas las etapas de la preparación revolucionaria que va de marzo a octubre, la manera según la cual se ha desarrollado la insurrección de Octubre sobre algunos puntos los más típicos, luego la lucha por el fortalecimiento del poder.

¿A quién destinaremos el reglamento de la guerra civil? A los obreros, han respondido determinados camaradas, a fin de que cada uno de ellos sepa cómo comportarse. Evidentemente, no habría sino que estar satisfe-

cho de que "todo" obrero sepa lo que le toca hacer. Pero es plantear la cuestión en una escala muy amplia, y por consiguiente utópica. De todas maneras no es por este extremo que hay que comenzar. Nuestro reglamento debe ser destinado en primer lugar a los cuadros del partido, a los jefes de la revolución. Naturalmente, se vulgarizarán ciertos capítulos, determinadas cuestiones, con dirección a amplios medios obreros, pero ante todo, se dirigirá a los jefes.

Previamente debemos reunir nuestra propia experiencia y nuestras ideas, formularlas tan claramente como sea posible, sistematizarlas. Antes de la guerra imperialista ciertos escritores militares se quejaban de que las guerras hubiesen devenido demasiado raras para la buena instrucción de los oficiales. Con no menos razón se puede decir que la rareza de las revoluciones pone trabas a la educación de los revolucionarios. Bajo esta relación, nuestra generación no tiene de qué quejarse. Nosotros hemos tenido tiempo de hacer la revolución de 1905 y de vivir bastante para tomar parte dirigente en la revolución de 1917. Pero no es necesario decir que la experiencia revolucionaria cotidiana se disipa rápidamente. Y luego, cuántos nuevos problemas! No estamos más obligados hoy día a discutir cuestiones como la fabricación de telas, la construcción de la usina eléctrica de Nolkoff y tantos otros problemas económicos, que la manera cómo se hace la insurrección. Pero, estése seguro, esta última cuestión está lejos de encontrarse perdida. Más de una vez la historia pedirá que se responda a ella.

¿EN QUE MOMENTO SE DEBE COMENZAR?

La catástrofe alemana de 1923 ha llevado a la Internacional Comunista a ocuparse de los métodos de organi-

zación de la revolución y especialmente de la insurrección revolucionaria. A este respecto, la fijación del momento de la insurrección ha adquirido una importancia de principio desde el momento que se ha demostrado que esta cuestión es el obstáculo en el cual vienen a chocar todos los problemas relativos a la organización de la revolución. La social democracia ha adoptado, frente a la revolución, la actitud que caracteriza a la burguesía liberal en su período de lucha por el poder contra el feudalismo y la monarquía. La burguesía liberal especula sobre la revolución, pero se guarda bien de ceder la responsabilidad de ella. En el momento propicio de la lucha, ella echa en la balanza su riqueza, su instrucción y los otros medios de influencia de su clase para hacer una matanza desde el poder. En 1918 la social democracia alemana ha desempeñado un papel de este orden. En el fondo, ella constituye el aparato político que transmite a la burguesía el poder disminuido de los Hohenzollern. Una tal política de especulación pasiva es absolutamente incompatible con el comunismo en tanto que éste se señale el objetivo de apoderarse del poder en nombre y en interés del proletariado.

La revolución proletaria es una revolución de masas formidables desorganizadas en su conjunto. El ciego impulso de masas desempeña en el movimiento un papel considerable. La victoria puede ser ganada solamente por un partido comunista que se de como objetivo preciso la toma del poder, que, con un cuidado minucioso medite, forje, reuna los medios de alcanzar el objetivo perseguido y que, apoyándose en la insurrección de las masas, realice sus designios. Por su centralización, su resolución, su manera metódica de abordar la insurrección, el partido comunista aporta al proletariado en la lucha por el poder, las ventajas que la burguesía lleva en sí misma por el hecho de su posición económica. Bajo esta relación, la cuestión del momento de la insurrección no

es un simple detalle técnico, ella demuestra al contrario, de la manera más neta y más precisa, en qué medida se está preparado a abordar la insurrección con todas las reglas del arte militar.

Es evidente que no se pueden basar los cálculos, cuando se trata de fijar el momento de la insurrección, sobre la experiencia puramente militar. Disponiendo de fuerzas armadas suficientes, un Estado puede, a su antojo, desencadenar la guerra. Por otra parte, durante la guerra, es el Alto Comando quien decide de la ofensiva después de haber pesado todos los datos de la situación. Pero, es también más fácil analizar una situación militar que una situación revolucionaria. El comando militar dispone de unidades combatientes organizadas cuya ligazón entre ellas ha sido cuidadosamente estudiada y combinada por anticipado, gracias a lo cual el comando tiene, por así decirlo, sus ejércitos en la mano. Es evidente que no cabría hacer lo mismo en la revolución. Las formaciones de combate no están allí separadas de las masas obreras, no pueden estar en ligazón con el movimiento ofensivo de las masas, den acentuar la violencia del choque que deben provocar. Entonces, incumbe al comando revolucionario captar el ritmo revolucionario del movimiento para fijar con seguridad el momento en el que debe tener lugar la ofensiva decisiva. Como se ve, la fijación del término de la insurrección plantea un problema difícil. Puede suceder también que la situación sea de una claridad tal que la dirección del partido no tenga ninguna duda sobre la oportunidad de la acción. Pero si una tal apreciación de la situación se produce 24 horas antes del momento decisivo, la señal puede llegar demasiado tarde, el partido, tomado de improviso, es colocado en consecuencia en la imposibilidad de dirigir el movimiento que, en este caso, puede acabar en la derrota. De ahí la necesidad de prever, tanto como sea posible, con anticipación, la proximidad del momento decisivo, o, en otros términos, de fijar el tér-

mino de la insurrección, basándose sobre la marcha general del movimiento y sobre el conjunto de la situación del país.

Si, por ejemplo, el plazo fijado cae dentro del término de un mes o dos, el Comité Central o la dirección del Partido aprovecha de esta dilación para preparar al Partido iniciándole en todas las cuestiones que se plantean, por medio de una propaganda creciente, de una preparación y de una organización apropiadas, y de una elección cuidadosa de los elementos más combativos para la ejecución de misiones determinadas. No es necesario decir que un término fijado con un mes, dos meses y con mayor razón tres o cuatro meses de anticipación, no tendría que ser irrevocable, pero la táctica debe consistir en verificar a todo lo largo de la dilación fijada, si la elección del momento ha sido justa. Veamos un ejemplo: los postulados políticos indispensables al éxito de la insurrección residen en el quebrantamiento de la máquina gubernamental y en el apoyo que da a la vanguardia revolucionaria la mayoría de los trabajadores de los principales centros y regiones del país.

Admitamos que las cosas no hayan llegado aún a ese punto, pero que están próximas a ello. Las fuerzas del partido revolucionario crecen rápidamente, pero le es difícil comprobar si tiene detrás de sí una mayoría suficiente de trabajadores. Entre tanto, agravándose paulatinamente la situación, la cuestión de la insurrección se plantea prácticamente. ¿Qué debe hacer la dirección del Partido? Puede, por ejemplo, razonar de la manera siguiente:

1º— Desde el momento que en el curso de las últimas semanas la influencia del Partido ha crecido rápidamente, está permitido creer que en tal o cual de los principales centros del país, la mayoría de los obreros está en camino de seguirnos. En estas condiciones, concentremos sobre estos puntos decisivos las mejores fuerzas

del partido y calculemos que nos será necesario más o menos un mes para ganar la mayoría.

2º— Desde el momento en que la mayor parte de los principales centros del país están con nosotros, podemos llamar a los trabajadores a constituir soviets de diputados obreros, a condición naturalmente de que prosiga la desorganización del aparato gubernamental. Calculemos que la constitución de los soviets en los principales centros y regiones del país exige todavía dos semanas.

3º— Desde el momento en que en las principales aglomeraciones y regiones del país los soviets están en camino de organización bajo la dirección del partido, se concluye naturalmente que la convocatoria de un Congreso nacional de los soviets se impone. Pero antes de que él se efectúe, pueden transcurrir tres o cuatro semanas. Luego, es evidente que en una situación semejante el Congreso de los soviets no puede, a menos de exponerse a la represión, más que consagrar la toma del poder. Además, el poder de hecho debe estar en manos del proletariado en el momento de la reunión del Congreso. Así, dos meses y medio son el plazo que se señalará para preparar la insurrección. Este lapso de tiempo que se deduce del análisis general que se habrá hecho de la situación política y de su desarrollo ulterior, define el carácter y los medios que se deben dar al trabajo militar revolucionario para la desorganización del ejército burgués, del secuestro de las redes ferroviarias, de la formación y armamentos de destacamentos de obreros, y así sucesivamente. Nosotros asignamos al comandante clandestino de la ciudad la misión de realizar una tarea bien definida: toma de tal o cual medida durante las cuatro primeras semanas, cumplimiento de cada disposición e intensificación de los preparativos en el curso de las dos semanas siguientes, de tal suerte que, en los quince días subsiguientes, todo esté presto para la acción. De esta manera, por la realización de tareas de carácter limitado pero neta-

mente definido, el trabajo militar revolucionario es ejecutado en los límites del plazo fijado. Así se evitará caer en el desorden y la pasividad que pueden ser fatales y se obtendrá, por el contrario, la fusión necesaria de los esfuerzos de la misma manera que una mayor resolución en todos los jefes del movimiento. En el mismo momento, el trabajo político debe ser impulsado a fondo. La revolución sigue su curso lógico. Un mes después estamos ya en condiciones de verificar si el partido ha logrado realmente ganar la mayoría de los obreros en los principales centros industriales del país. Esta verificación puede ser hecha por medio de un referéndum cualquiera, por una acción de los sindicatos, por manifestaciones callejeras o por una combinación de todos estos medios.

Si adquirimos la certidumbre de que la primera etapa que nos hemos trazado ha sido franqueada como lo habíamos previsto, el término fijado para la insurrección ha sido singularmente reforzado. Por el contrario, si se evidencia que cualquiera que sea el crecimiento de nuestra influencia en el curso del mes transcurrido, no tenemos la mayoría de los obreros detrás de nosotros, es prudente diferir el momento de la insurrección. Al mismo tiempo, tendremos muchas ocasiones de verificar hasta qué punto la clase dirigente ha perdido la cabeza, hasta qué grado el ejército está desmoralizado y el aparato de represión debilitado. Por medio de estas comprobaciones se conocerá la naturaleza de las dilaciones que habrán podido producirse en nuestro trabajo clandestino de preparación revolucionaria. La organización de los soviets será en consecuencia un medio eventual de verificar las relaciones de fuerzas y por tanto de establecer si las condiciones son propicias al desencadenamiento de la insurrección. Evidentemente no será siempre posible, en todo tiempo y en todo lugar, constituir los soviets antes de la insurrección. Es preciso aún admitir que los soviets no puedan ser organizados sino en el curso de la insurrección.

ción. Pero, por todas partes donde, bajo la dirección del partido comunista, se tenga la posibilidad de organizarlos antes del derrocamiento del régimen burgués, ellos aparecerán como el preludio de la insurrección próxima. Y el término será más fácil de determinar.

El Comité Central del Partido verificará el trabajo de organización militar, se dará cuenta de los resultados obtenidos en cada rama y en la medida en la que la situación política lo exija, dará a este trabajo, el impulso necesario. Es necesario admitir que basándose la organización militar no en el análisis general de la situación y en la relación de las fuerzas en pugna, sino en la apreciación de los resultados obtenidos en el dominio de su acción preparatoria, se considerará siempre como insuficientemente preparada. Pero, lo que decide en estos momentos es la apreciación que se hace de la situación y de la relación de las fuerzas respectivas, particularmente de las tropas de choque del enemigo y de las nuestras. De esta manera, un término fijado dos, tres o cuatro meses antes, podrá tener un efecto sin igual sobre la organización de la insurrección, aún en caso de ser forzado después anticiparlo o retardarlo en algunos días.

Es evidente que el ejemplo que precede es puramente hipotético, pero es una excelente ilustración de la idea que se debe formar de la preparación de la insurrección. No se trata de jugar ciegamente con datos, sino de determinar el momento de la insurrección basándonos en la marcha misma de los acontecimientos, de verificar su justeza en el curso de las etapas sucesivas del movimiento y de fijar el término al cual todo el trabajo de preparación revolucionaria deberá estar subordinado.

Repito que bajo esta relación se deben estudiar de la manera más atenta las enseñanzas de la Revolución de Octubre, de la única revolución que hasta aquí el proletariado la ha realizado victoriosamente. Es necesario componer, desde el punto de vista estratégico y táctico, un

calendario de Octubre. Es necesario exponer cómo los acontecimientos se han desarrollado ola tras ola, cuáles han sido sus repercusiones en el partido, en los soviets, en el seno del Comité Central y en la organización militar del partido. ¿Cuál fué el sentido de las vacilaciones que se produjeron en el partido? ¿Qué peso tuvieron sobre el conjunto de los acontecimientos? ¿Cuál fué el papel de la organización militar? He aquí un trabajo de importancia inapreciable. Dejarlo para más tarde sería cometer una falta imperdonable.

LA CALMA ANTES DE LA TEMPESTAD

Se trata de una cuestión de valor considerable para la inteligencia del desarrollo de la guerra civil, que, de una manera o de otra, deberá ser tratada en nuestro futuro reglamento. Aquel que se haya mantenido al corriente de las discusiones que han seguido a los acontecimientos de Alemania de 1923, ha notado seguramente la explicación que se ha dado a la derrota. "La principal causa de la derrota —se ha dicho— es que en el momento decisivo el proletariado alemán careció totalmente de espíritu combativo; las masas no quisieron combatir, la mejor prueba es que no reaccionaron de ninguna manera ante la ofensiva fascista; luego, ante la actitud de las masas, ¿qué podía hacer el partido?... Tal ha sido el "leit motiv" de nuestros camaradas Brandler, Talheimer y otros. A primera vista el argumento parece irrefutable. Sin embargo, el "momento decisivo" de 1923 no se ha formado de un día a otro. Era el resultado de todo el período precedente de luchas cuya violencia fué agravándose constantemente. El año 1923 está marcado de uno a otro extremo por las batallas que el proletariado alemán debió sostener. Luego, ¿cómo es posible que la víspera de su

Octubre la clase obrera alemana haya perdido repentinamente toda su combatividad? No se lo explica. Pero no se puede dejar de preguntarse si es exacto que los obreros alemanes no han querido batirse. Esta cuestión nos lleva a nuestra propia experiencia de Octubre. Si se releen los diarios, aunque sólo fuesen los de nuestro partido, del período que precedió a la Revolución de Octubre, vemos a los camaradas que combatían la idea de la insurrección, argüir precisamente la poca decisión de las masas obreras rusas por la batalla. Hoy día esto puede parecer apenas creíble, sin embargo tal era el principal argumento que ellos invocaban. Así, nos encontrábamos en una situación análoga: durante todo el año 1917 el proletariado ruso había estado sobre la brecha, sin embargo, cuando la cuestión de la toma del poder se planteó, se elevaron voces para afirmar que las masas obreras no querían batirse. Y efectivamente, en la víspera de Octubre, el movimiento había declinado en alguna medida. ¿Es éste un efecto del azar? ¿O más bien se debe ver ahí una cierta "ley" histórica? A mi parecer no es dudoso que un fenómeno de este género debe de tener determinadas causas generales. En la naturaleza este fenómeno se llama: la calma antes de la tempestad. Estoy muy próximo a creer que en el momento de la revolución este fenómeno no tiene otro sentido. En el curso de un período dado la combatividad del proletariado se acrecenta, toma las formas más diversas: huelgas, manifestaciones, colisiones con la policía. En este momento las masas comienzan a tomar conciencia de su fuerza. La creciente amplitud del movimiento es suficiente para darles una satisfacción política. Toda manifestación nueva, todo éxito en el dominio político y económico aumenta su entusiasmo. Pero este período se agota rápidamente. La experiencia de las masas crece al mismo tiempo que su organización se desarrolla. En el campo opuesto el enemigo muestra también que no está dispuesto a ceder la plaza sin combate.

Resulta de ello que el estado de espíritu revolucionario de las masas se hace más crítico, más profundo, más angustioso. Las masas buscan, sobre todo si han comprobado errores y sufrido reveses, una dirección segura, quieren tener la certidumbre de que habrá batalla, y que serán bien conducidas, y que en la batalla decisiva pueden descontar la victoria. Luego, es este tránsito del optimismo casi ciego a una conciencia más clara de las dificultades a vencer que engendra esta etapa de suspenso revolucionario que corresponde en cierta medida a una crisis en el estado de espíritu de las masas. A condición de que el resto de la situación coadyuve para ello, esta crisis no puede ser disipada sino por el partido político y sobre todo por la impresión que él da de estar verdaderamente decidido a tomar la dirección de la insurrección. Entre tanto, la grandeza histórica del objetivo a alcanzar (que depende de la toma del poder) suscita inevitables vacilaciones hasta en el Partido, especialmente en sus medios dirigentes sobre los cuales se concentrará de inmediato la responsabilidad del movimiento. Así, recogimiento de las masas antes de la batalla y vacilación de los jefes son dos fenómenos que, aunque muy lejos de ser equivalentes, no dejan de ser simultáneos. Es por esto que se escucha decir que las masas no buscan la batalla, que su disposición es más bien por el contrario pasiva y que en estas condiciones es ir a una aventura impulsarlas a la insurrección. Es claro que cuando un estado de espíritu semejante toma ventaja, la revolución no puede sino ser vencida. Y después de la derrota, provocada por el partido mismo, nada impide contar a todos que la insurrección era imposible por la razón de que las masas no la querían. Esta cuestión debe ser examinada a fondo. Con el apoyo de la experiencia adquirida es necesario aprender a captar el momento en el que el proletariado se dice a sí mismo: "No hay más que esperar de las huelgas, de las manifestaciones y de otras protestas. Se trata ahora

de combatir. Estoy listo a ello porque no hay otra salida a la situación, pero puesto que se trata de batalla, es preciso librarla con la suma de todas nuestras fuerzas y bajo una dirección segura..." En este momento la situación alcanza una gravedad extrema. El desequilibrio es completo: una bola en la cima de un cono. El menor choque puede hacerla caer de un costado o de otro. En Rusia, gracias a la firmeza y a la resolución de la dirección del Partido, la bola ha seguido la línea que llevaba a la victoria. En Alemania, la política del partido ha arrojado la bola en sentido de la derrota.

LA POLÍTICA Y LA ACCIÓN MILITAR

¿Qué carácter, un carácter político o un carácter militar, daremos a nuestra obra? La haremos partir del punto en el que la política deviene una cuestión de acción militar y bajo este ángulo considerar la política. A primera vista ésta puede parecer una contradicción, pues no es la política la que está al servicio de la insurrección, sino la insurrección la que está al servicio de la política. En realidad, nada aquí se contradice. La insurrección en su conjunto sirve evidentemente los objetivos principales de la política proletaria. Únicamente, cuando la insurrección está desencadenada, es la política del momento que, toda entera, debe serle subordinada.

El tránsito de la política a la acción militar y la conjunción de estas dos alternativas crean generalmente grandes dificultades. Sabemos todos que el punto de unión es siempre el más débil. Nos hemos, en cierta medida, dado cuenta aquí mismo. Un camarada ha demostrado, por un método inverso, cuán difícil es combinar la política con la acción militar. Otro camarada ha venido luego a agravar el error de su predecesor. Si se cree al primero de estos camaradas Lenin habría discutido en 1918 la importancia del ejército rojo bajo el pretexto de

que de la lucha que libraban los dos imperialismos, dependía nuestra salvación. Según el segundo habríamos jugado "el papel del tercer ladrón". Pero jamás Lenin ha tenido ni ha podido tener este lenguaje. Es cierto que si hubiésemos tenido que vernos en el momento de la revolución de Octubre con una Alemania victoriosa y la paz hubiera sido firmada, Alemania no hubiera dejado de aplastarnos aun cuando hubiésemos dispuesto de un ejército de tres millones de hombres, pues ni en 1918, ni en 1919, habríamos podido encontrar fuerzas capaces de medirse con los ejércitos alemanes triunfantes. En estas condiciones la lucha entre los dos campos imperialistas fue nuestra principal línea de protección. Pero en los cuadros de esta lucha habríamos podido encontrar la muerte cien veces si en 1918 no hubiésemos tenido nuestro embrión de ejército rojo. ¿Es porque Inglaterra y Francia paralizaban a Alemania que el problema de Kazan ha sido resuelto? Si nuestros soldados rojos no hubiesen defendido Kazan, si ellos hubieran abierto la ruta de Moscú a los mercenarios del ejército blanco, se nos habría cortado la garganta y habrían tenido razón. En ese momento habríamos hecho buena figura de "tercer ladrón" con... la garganta cortada. Cuando Lenin decía: "Militantes que trabajáis en el ejército, no exagereis vuestra importancia; vosotros representáis un factor dentro de la complejidad de las fuerzas, pero no sois ni nuestra única, ni aún nuestra principal fuerza; en realidad nos mantenemos gracias a la guerra europea, que paraliza a los dos imperialismos rivales", se colocaba en el punto de vista político. Pero de esto no se concluye que él discutía "la importancia del ejército rojo". Si aplicamos este método de razonamiento a los problemas internos de la revolución, llegamos a conclusiones muy curiosas. Tomemos particularmente la cuestión de la organización de formaciones de combate. Un partido comunista cuya existencia es más o menos ilegal encarga a su organización militar clandestina formar cen-

turias. ¿Qué representan en el fondo algunas decenas de centurias así constituidas con relación al problema de la toma del poder? Si uno se coloca en un punto de vista social, histórico, la cuestión del poder se decide por la composición de la sociedad, por el papel del proletariado en la producción, por la madurez política, por el grado de desorganización del Estado burgués y así sucesivamente. En realidad, todos estos factores no actúan sino en último lugar, mientras que el resultado de la lucha puede depender directamente de la existencia de estas algunas decenas de centurias. Las condiciones sociales y políticas favorables a la toma del poder son una oportunidad previa del éxito, pero ellas no garantizan automáticamente la victoria, ellas permiten ir hasta el punto en el que la política cede el paso a la insurrección.

Todavía una vez más la guerra civil no es sino la continuación violenta de la lucha de clases. En cuanto a la insurrección ella es la continuación de la política por otros medios. Es por esto que no se la puede comprender sino bajo el ángulo de sus medios. No es posible medir la política con la medida de la guerra, como no es posible medir la guerra con la medida única de la política, aunque no fuera sino bajo la relación de tiempo. Es esta una cuestión especial que ha de ser seriamente tratada en nuestro futuro reglamento de la guerra civil. En el período de insurrección medimos el tiempo por horas y por días. No en vano se dice que en tiempo de guerra un mes, algunas veces aun una sola jornada, cuenta por un año. En abril de 1917 Lenin decía: "Pacientemente, infatigablemente, explicad a los obreros..." y al finalizar octubre no quedaba ya tiempo para dar explicaciones a quien no había comprendido todavía, era preciso pasar a la ofensiva a la cabeza de quienes habían comprendido. En octubre la pérdida de una sola jornada hubiera podido reducir a nada todo el trabajo de muchos meses, aun de años de preparación revolucionaria.

Recuerdo un tema de maniobra que habíamos dado hace algún tiempo en nuestra Academia militar. Se trataba de decidir si debíamos evacuar en seguida la región de Biélostok, que su posición hacía imposible de defender, o mantenernos allí en la esperanza de que Biélostok, centro obrero, se rebelase. Es claro que no se puede resolver seriamente una cuestión de este género sino sobre la base de datos precisos y reales. La maniobra militar no dispone de estos datos puesto que todo en ella es convencional. Pero en principio, la controversia se refería a dos medidas de tiempo relativas la una a la guerra, la otra a la política revolucionaria. Luego, ¿cuál es la medida que en condiciones iguales le conviene a la guerra? La de la guerra. En otros términos, era dudoso que Biélostok se sublevase en el espacio de algunos días y aún admitiendo que la sublevación esperada tuviese lugar, restaba saber lo que haría el proletariado insurgente sin armas y sin preparación militar, mientras que era muy posible que en dos o tres días, dos o tres divisiones fuesen diezmadas permaneciendo en posiciones indefendibles en la espera de una insurrección que, aún en el caso en que se produjera, podría muy bien no modificar realmente la situación militar. Brest-Litowsk nos da un ejemplo clásico de una justa aplicación de las medidas de tiempo político y militar. Se sabe que la mayoría del Comité Central del Partido Comunista ruso, y yo dentro de ese número, había tomado la decisión contra la minoría, a la cabeza de la cual se encontraba el camarada Lenin, de no concluir la paz, aunque corriésemos el riesgo de ver a los alemanes pasar a la ofensiva. ¿Cuál era el sentido de esta decisión? Algunos camaradas esperaban utópicamente una guerra revolucionaria. Otros, entre los que me encontraba, juzgaban necesario tantear al obrero alemán a fin de saber si se opondría al kaiser en caso de que éste último atacase a la revolución. ¿En qué consistía el error que cometíamos? En el riesgo excesivo que se corría. Para

sacudir de su apatía a los obreros alemanes habrían sido necesarias semanas, quizá meses, mientras que en ese momento los ejércitos alemanes no tenían necesidad sino de algunos días para avanzar hasta Dwinsk, Minsk y Moscú. La medida de la política revolucionaria es larga, mientras que la medida de la guerra es corta. Quien no se compenetre de esta verdad después de haber previamente estudiado, meditado, profundizado la experiencia pasada, corre el riesgo, —del punto de vista de la conjunción de la política revolucionaria y de la acción militar, es decir de lo que nos confiere el máximo de superioridad sobre el enemigo—, de cometer falta sobre falta.

NECESIDAD DE PLANTEAR LOS PROBLEMAS DE LA GUERRA CIVIL CON EL MAXIMO DE CLARIDAD

Un camarada nos ha traído a la cuestión de saber qué género de reglamento hemos de forjar: reglamento de la insurrección o reglamento de la guerra civil. No debemos, nos ha dicho este camarada, apuntar demasiado lejos, porque de lo contrario nuestra tarea no hará, de una manera general, sino coincidir con las tareas de la Internacional Comunista. Nada menos cierto. Y el que tiene este lenguaje demuestra que confunde la guerra civil, en la acepción propia de este término, con la lucha de clases. Si tomamos la Alemania como tema de estudio, podemos por ejemplo comenzar con provecho por examinar los acontecimientos de marzo de 1921. Luego viene el largo período de reagrupamiento de fuerzas, bajo las consignas de frente único. Es evidente que ningún reglamento de guerra civil conviene a este período. A partir de enero de 1923 y la ocupación del Ruhr, aparece de nuevo una situación revolucionaria que se agrava bruscamente en junio de 1923, cuando se quebranta la política

de resistencia pasiva practicada por la burguesía alemana y se quiebra por todas partes el aparato del estado bugués. Es este período que debemos estudiar minuciosamente, porque él nos da de un lado un ejemplo clásico de la manera cómo se desarrolla y madura una situación revolucionaria, y, de otro, un ejemplo no menos clásico de una revolución perdida.

En 1923 Alemania tuvo su guerra civil, pero la insurrección que debía coronarla y resolverla no llegó. El resultado fué una situación revolucionaria, verdaderamente excepcional, irremediablemente comprometida y una burguesía quebrantada, afirmada nuevamente en el poder. ¿Por qué? Porque en el momento propicio la política no fue continuada por los medios insurreccionales que se imponían lógicamente. Es evidente que la reafirmación del régimen burgués que siguió en Alemania al aborto de la revolución proletaria tiene una estabilidad muy dudosa. Podemos estar seguros de que tendremos aún en Alemania, a plazo más o menos largo, una nueva situación revolucionaria. Pero es claro que el mes de agosto de 1924 fue bien diferente al mes de agosto de 1923. Y si cerramos los ojos sobre la experiencia que se desprende de estos acontecimientos, si no la aprovechamos para instruirnos, si vamos pasivamente al encuentro de faltas como las que han sido cometidas, podemos esperar ver repetirse la catástrofe alemana de 1923, y el peligro que de ello resultaría para el movimiento obrero sería inmenso.

Es por esto que, en este dominio menos que en cualquier otro, no podemos tolerar la deformación de las nociones esenciales. Hemos visto a camaradas ensayar objeciones de un escepticismo incoherente con relación al momento de la insurrección. Estos camaradas no hacen sino demostrar así que no saben plantear como marxistas la cuestión de la insurrección en el plano del arte militar. En apoyo de su tesis invocan como argumento que, en el

embrollo de una situación extremadamente compleja y variable, es imposible ligarse anticipadamente por una decisión previa. Pero si se tuviera que tener en cuenta estos lugares comunes, sería necesario renunciar desde luego a los planes y a las fechas de operaciones militares, pues en la guerra, sucede que la situación cambia brusca e inesperadamente. Un plan de operaciones militares no se realiza jamás en la proporción del 100 por cien, es preciso aún considerarse feliz si, en el curso de su ejecución, se realiza en la proporción del 25 por ciento. Pero el jefe militar que se apoyara en esto para negar de una manera general la utilidad de un plan de campaña, merecería simplemente que se le pusiera la camisa de fuerza. En todos los casos, yo recomiendo tener este método como el más justo y lógico: formulemos primero las reglas generales de nuestro reglamento de la guerra civil y veamos en seguida lo que se puede suprimir o conservar. Pero si comenzamos por las supresiones, las reservas, las desviaciones, las dudas, las vacilaciones, no llegaremos jamás a ninguna conclusión.

Un camarada ha discutido la advertencia que yo había hecho con relación a la evolución de la organización militar del partido en el período de preparación revolucionaria durante la insurrección y después de la toma del poder. Según este camarada la existencia de destacamentos de guerrilleros no debería ser tolerada, únicamente serían necesarias formaciones militares regulares. Los destacamentos de guerrilleros nos dijo son organizaciones caóticas... Escuchando estas proposiciones yo estaba pronto a desesperar. En efecto ¿cuál la razón de esta detestable arrogancia doctrinal? Si los destacamentos de guerrilleros son organizaciones caóticas es preciso entonces reconocer que, desde este punto de vista puramente formal, la revolución es también un caos. Pero, en el primer período de la revolución se tiene forzosamente que buscar apoyo exclusivo en destacamentos de este género. Se nos objeta:

que estos destacamentos deben estar constituidos sobre el mismo tipo. Si se quiere decir con ello que, en la guerra de guerrilleros, no se debe descuidar ninguno de los elementos de orden y de método accesibles a este género de guerra, estamos completamente de acuerdo. Pero, si soñais una organización militar jerarquizada, centralizada y constituida antes de que la insurrección haya tenido lugar, ésta es una utopía que, en el caso en el que se quisiera darle cuerpo, correría el riesgo de ser fatal. Si, con la ayuda de una organización militar clandestina, he de apoderarme de una ciudad (objetivo parcial del conjunto de un plan para la toma del poder en el país), reparto mi tarea en objetivos particulares (ocupación de los edificios gubernamentales, estaciones, correos, telégrafo, imprentas), y confío la ejecución de cada una de estas misiones a los jefes de pequeños destacamentos iniciados anticipadamente acerca de los objetivos que les son asignados. Cada destacamento no debe contar sino consigo mismo; debe poseer su propia administración, pues podría suceder que después de haberse apoderado de la casa de correos por ejemplo, se careciese totalmente de víveres. Toda tentativa de centralizar y jerarquizar estos destacamentos llevaría ineluctablemente a la burocratización que, en tiempo de guerra, es doblemente temible: 1º, porque ella haría creer falsamente a los jefes de destacamentos que alguien debe forzosamente dirigirlos, mientras que por el contrario, es necesario inculcarles la seguridad de que disponen de la más amplia libertad de movimiento y de la más grande iniciativa; 2º, porque la burocratización, unida al sistema jerárquico, arrebatría a los destacamentos sus mejores elementos para las necesidades de toda índole de los estados mayores. Desde el primer momento de la insurrección, estos estados mayores quedarían suspendidos entre cielo y tierra, mientras que los destacamentos, en la espera de órdenes superiores, se verían condenados a la inacción y a pérdidas de tiem-

po que harían cierto el fracaso de la insurrección. Tales son las razones por las cuales el desdén de los militares profesionales por las organizaciones "caóticas" de guerrilleros debe ser condenado como un prejuicio antirrealista, anticientífico y antimarxista.

Igualmente, después de la toma del poder en los principales centros del país, los destacamentos de guerrilleros pueden desempeñar en campo descubierto un papel extremadamente eficaz. Es suficiente recordar el apoyo que los destacamentos de guerrilleros llevaron al ejército rojo y a la Revolución operando a la espalda de las tropas alemanas en Ucrania y detrás de las tropas de Koltchak en Siberia. Sin embargo, queda definitivamente establecido como regla que el poder revolucionario pone inmediatamente manos a la obra para incorporar a los mejores destacamentos de guerrilleros y sus elementos más seguros en el sistema de una organización militar regular. Por otra parte, estos destacamentos de campesinos llegarían a ser indudablemente factores de desorden susceptibles de degenerar en bandas armadas al servicio de los elementos pequeño-burgueses anarquizantes insurgidos contra el Estado proletario. No tenemos malos ejemplos. Es verdad que, entre los guerrilleros rebeldes a la organización militar regular, han habido también héroes. Se han citado los nombres de Siverss y Kikvidsé. Podría nombrar muchos otros. Siverss y Kikvidsé combatieron y murieron heroicamente. Y hoy día, a la luz de sus inmensos méritos en servicio de la Revolución, palidecen al punto de desaparecer, tales o cuales aspectos negativos de su acción de guerrilleros. Pero, en ese momento, era indispensable combatir todo cuanto había en ellos de negativo. A ese precio solamente podíamos llegar a organizar el ejército rojo y llevarlo a ganar victorias decisivas.

Todavía una vez más, pongo en guardia contra una confusión de terminología, porque, a menudo, ella disminuye una confusión de nociones. Igualmente, pongo en

guardia contra los errores que se pueden cometer rehusando plantear la cuestión de la insurrección de una manera clara y valiente, bajo pretexto de que la situación varía y se modifica continuamente. Exteriormente, esto recuerda extrañamente la dialéctica; de todas maneras se la toma de buena gana por tal. Pero en realidad no es así. El pensamiento dialéctico es como un resorte, y los resortes están hechos de acero templado. Las dudas y las reservas no deciden ni enseñan absolutamente nada. Cuando la idea esencial es luminosamente puesta en relieve, las reservas y las restricciones pueden ponerse lógicamente alrededor de ella. Si se tienen en cuenta únicamente las reservas, el resultado en la teoría será la confusión y en la práctica el caos. Pero, confusión y caos no tienen nada de común con la dialéctica. En realidad, una pseudo-dialéctica de este género oculta a menudo sentimientos social demócratas o estúpidos frente a la revolución, como frente a una cosa que se realiza alrededor de nosotros. En estas condiciones, no puede ser discutible concebir la insurrección como un arte. Y, por este motivo, es precisamente la teoría de este arte lo que queremos estudiar.

Todas las cuestiones que hemos planteado deben ser meditadas, trabajadas, formuladas. Deben devenir parte integrante de nuestra instrucción y educación militar. La relación de estas cuestiones con los problemas de la defensa de la República de los Soviets es indiscutible. Nuestros enemigos continúan especulando con los argumentos de que el ejército rojo pretendía tener por tarea provocar artificialmente movimientos revolucionarios en los otros países, a fin de hacerlos triunfar por la fuerza de sus bayonetas. Inútil decir que esta caricatura no tiene nada de común con la política que perseguimos. Estamos, por encima de todo interés, por el mantenimiento de la paz, lo hemos probado con nuestra actitud, por las concesiones que hemos hecho en los tratados y por la reducción pro-

gresiva de los efectivos de nuestro ejército. Pero estamos suficientemente imbuídos de realismo revolucionario para darnos cuenta claramente de que nuestros enemigos tratarán todavía de probar nuestras fuerzas con sus armas. Y si estamos lejos de la idea de forzar, por medidas militares artificiales, el desarrollo de la Revolución, estamos seguros en cambio, que la guerra de los estados capitalistas contra la Unión Soviética será seguida de violentas conmociones sociales, premisas de la guerra civil, en los países de nuestros enemigos.

Debemos saber combinar la guerra defensiva que será impuesta a nuestro ejército rojo con la guerra civil en el campo enemigo. Con esa finalidad, el reglamento de la guerra civil debe llegar a ser uno de los elementos necesarios de un tipo superior de manual militar revolucionario.

La G C puede ser provocada
por burgueses o proletarios